

ANTECEDENTES FRANCESES Y TRASCENDENCIA DE LA UTOPIA MARIATEGUIANA

Roland FORGUES

No volveremos a hacer a los hombres, pero los levantaremos de nuevo. Los levantaremos de nuevo a fuerza de obstinación y de generosidad, de lucha contra la injusticia en nosotros mismos y en los demás. El alba de la verdad no nos ha sido prometida. No hay contrato, pero la verdad está por construir, como el amor, como la inteligencia. Nada viene dado ni prometido en efecto, pero todo es posible a quien acepta emprender y arriesgar. Es la apuesta que hay que hacer a la hora en que nos ahogamos en la mentira, en que estamos arrinconados contra la pared. Hay que mantenerse de pie con tranquilidad, pero irreductiblemente y las puertas se abrirán.

Albert Camus

Si, como reconoce Mario Vargas Llosa, flamante Premio Nóbel de Literatura 2010, la literatura es un hurto permanente del cual las más de las veces el escritor no tiene conciencia, con mayor razón la fórmula es válida en el caso del pensamiento filosófico. Ya en el siglo XVI, riéndose gentilmente de sus lectores poco cultos, el filósofo francés Michel de Montaigne en su *Comercio de los libros* afirmaba con orgullo que sólo él podía reconocer en sus libros, lo propio de lo ajeno. Y en este particular la utopía de Mariátegui que se va dibujando en su abundante obra ensayística, periodística y de creación, es probablemente uno de los más interesantes casos en el que se reúnen y se renuevan las grandes tradiciones filosóficas, empezando por la tradición de la cultura francesa con la cual Mariátegui, ese "autodidacto imaginativo"¹, según lo califica con propiedad su hijo Javier, psiquiatra y psicoanalista de profesión, estuvo tempranamente en contacto y de la cual nunca se apartará.

I- Francia en el corazón y un remoto antecedente: Michel De Montaigne

Peruano de nacimiento, europeo de formación y francés de corazón, tal podría ser la definición más cercana a la realidad del hombre Mariátegui, quien, a lo largo de toda su obra nos entrega un admirable retrato de la patria de los Derechos Humanos y de sus hijos más ilustres, creadores y revolucionarios, intelectuales y obreros, hombres y mujeres.

¹ Javier Mariátegui. "Mariátegui, un autodidacto imaginativo". In: *José Carlos Mariátegui y Europa el otro aspecto del descubrimiento* (Encuentro de Pau y de Tarbes, Francia, octubre de 1992). Editorial Amauta, Lima 1993, p.23-43.

Tal vez, fuera de los textos en homenaje a Romain Rolland por el cual no esconde su profunda admiración, uno de los más bellos y sentidos ejemplos del amor que Mariátegui siente por Francia sea la crónica "La santificación de Juana de Arco y la mujer francesa", escrita desde Italia en 1920.

En esta crónica, cuya dimensión genérica no le puede escapar a nadie, Mariátegui celebra a la mujer francesa, tomando el caso de las mujeres de letras en la creación de quienes destaca la autenticidad, la fuerza y originalidad. Dice: "Bien se sabe que de la mujer francesa se suele hablar con injusticia y desamor. La mujer francesa nos ha dado y nos da pruebas diarias de su superioridad", agregando acto seguido: "Las mujeres de letras más merecidamente famosas son francesas. Desde Madame de Stael hasta George Sand y desde la Rachilde hasta la condesa de Noailles, la mujer de letras francesa muestra mayor personalidad, mayor relieve, mayor contenido", antes de concluir: "en la literatura francesa se encuentran casos femeninos más genuinamente literarios que en las otras literaturas. Más genuina y más auténticamente literarios. Y la pluralidad de las escritoras *pur sang* nos hace olvidar más fácilmente en ésta que en ninguna literatura la pluralidad de los géneros de los diletantes"².

Los calificativos empleados en este comentario no dejan la menor duda sobre el aprecio que le tiene Mariátegui a la literatura francesa y sobre la valoración que hace de ella en el marco de la literatura mundial. Literatura ésta que conoce bien, como indican a todas luces los innumerables comentarios que les consagra en su obra a algunos de sus más importantes representantes y a las llamadas "literaturas de vanguardia".

En la misma crónica Mariátegui encomia en términos admirativos la figura de Juana de Arco esa mujer que "fue vidente, fue santa, fue caudillo, fue capitán, fue mártir", antes de sentenciar: "Ningún pueblo, ninguna raza pueden enorgullecerse de una mujer igual. Ha habido muchos ejemplares excelsos de misticismo. Pero de un misticismo generalmente estático y contemplativo. No de un misticismo tan dinámico. No de un misticismo tan poderoso, tan capaz de comunicar su lema, su fe, y su alucinación a muchedumbres y ejércitos. La mística más grande, más singular, es evidentemente, Juana de Arco"³.

Desde su más tierna edad, tras el accidente que determinaría el rumbo de su destino, en la clínica fundada por la Sociedad Francesa de Beneficencia donde lo atienden el doctor Félix Larré y las monjas de San José de Cluny, el niño Mariátegui será maravillado por ese lejano y fabuloso país del que le hablan navegantes y aventureros y hacia el cual se embarcará naturalmente algunos años más tarde al verse deportado por el régimen de Leguía. Sólo una incompatibilidad del clima con su precaria salud no le permitirá permanecer en esa tierra soñada.

Pero si su cuerpo está en otros lugares, el corazón de Mariátegui no se muda de la patria de Rousseau, Voltaire, Michelet, Jaurès, Sorel, Lassalle, Blum, Barbusse, Conte, Bergson, Ernest Renan, Romain Rolland, Anatole France, Victor Hugo, Emile Zola, Stendhal, Marcel Proust y André Breton, y de tantas otras ilustres figuras de la historia, de la política, de las artes y de las letras de Francia, tan frecuentemente convocadas en su obra y de las cuales no solo se muestra un buen conocedor y un fino analista, sino a las que va integrando a su reflexión en el marco de un pensamiento totalizador propio y original.

² *Mariátegui total*. Editorial Amauta, Lima 1994, p. 806

³ *Ibid.*

Hay una señal que no engaña: la forma de escribir y expresarse. Bien lejos estaríamos de la realidad si nos contentáramos con definir la escritura de Mariátegui tan sólo como una escritura proclive a la cita en francés, frecuentemente usada en sus escritos y siempre en condiciones perfectamente adecuadas para precisar una idea, un concepto, apoyar una demostración o una reflexión, como sucede, por ejemplo con la expresión *pur sang* de la cita más arriba mencionada a la que recurre para subrayar la excepcional calidad de las escritoras francesas. Expresión que procede del medio hípico que Mariátegui frecuentó en su juventud y se refiere a los caballos de carrera de raza pura, una expresión que entraña la idea no sólo de autenticidad, de fuerza, de vitalidad y armonía, sino de belleza, de finura y elegancia.

Hay más: la expresión en nuestro idioma viene, por lo común, integrada a una estructura sintáctica propia de la lengua francesa en apoyatura a una demostración cartesiana, precisa y concisa, que encuentra su mayor desenvolvimiento en el género de predilección del escritor: el ensayo cuyo remoto antecedente es ciertamente el ilustre filósofo francés del siglo XVI: Michel de Montaigne al que Mariátegui se refiere en un homenaje a *Jean Christophe* de Romain Rolland como al "más encumbrado pensamiento francés", y en el humanismo de quien bebe probablemente de manera inconsciente como parte de un amplio fondo común de la cultura gala por mediación del pensamiento filosófico posterior. En especial el pensamiento de Jean Jaurès un hombre "honrado y sincero"⁴ y de Romain Rolland "una voz que se dirige a todos los hombres"⁵ en quienes se reúnen dos elementos que se revelarán capitales para Mariátegui, esto es la política y la ética.

⁴ En el texto "Jaurès y la Tercera República" escribe Mariátegui: "una personalidad tan fuerte como la suya no podía dejarse corromper ni enervar por el ambiente democrático. Jaurès fue reformista como el socialismo de su tiempo, pero dio siempre a su obra reformista una meta revolucionaria". Y Mariátegui agrega: "El tribuno del socialismo francés, que demarcó así la participación material y espiritual del proletariado en la revolución francesa, era un idealista, pero no un utopista. Los motivos de su idealismo estaban en su educación, en su temperamento, en su psicología. No se avenía con su mentalidad un socialismo esquemático y secamente materialista. De allí su adhesión honrada, sincera a la idea de la democracia". Y Mariátegui cita haciéndolo suyo este juicio de Trotsky : "Jaurès entró en la arena política en la época más sombría de la Tercera República que no contaba entonces sino una quincena de años de existencia y que, desprovista de tradiciones sólidas, tenía que luchar contra enemigos poderosos. Luchar por la República, por su conservación, por su depuración. He aquí la idea fundamental de Jaurès, la que inspira toda su acción. Buscaba Jaurès para la República una base social más amplia: quería llevar la República al pueblo para hacer del estado republicano el instrumento de la economía socialista. El socialismo era para Jaurès el solo medio posible de completarla y terminarla. En su aspiración infatigable de la síntesis idealista Jaurès era, en su primera época, un demócrata pronto a adoptar el socialismo; en su última época, un socialista que se sentía responsable de toda la democracia". *Mariátegui total*, p. 978-979. Creo que valdría la pena meditar estos interesantes comentarios del ensayista y la cita de Trotsky, pensando en el propio acercamiento de Mariátegui al concepto de libertad y democracia, y en su evaluación.

⁵ En 1926 Mariátegui escribía a propósito de Romain Rolland : "La voz de Romain Rolland es la más noble vibración del alma europea en literatura contemporánea. Romain Rolland pertenece a la extirpe de Goethe el *guter Europaer* de quien desciende ese patrimonio continental que inspiró y animó su protesta contra la guerra. Su obra traduce emociones universales. Su *Jean Christophe* es un mensaje a la civilización. No se dirige a una extirpe ni a un pueblo. Se dirige a todos los hombres". Y Mariátegui añade: "Pero la voz de Romain Rolland es, no obstante su universalidad, una voz de Francia. Su pueblo no puede renegarlo. Romain Rolland está dentro de la buena tradición francesa. Quienes en Francia lo detractan o lo detestan le niegan precisamente esta cualidad. Mas sus razones no prueban sino incapacidad espiritual y psicológica a entender a Rolland. Sus admiradores de América sentimos en la obra de Rolland el acento de la verdadera Francia, de la Francia histórica. Y no nos equivocamos. La obra de Rolland no es,

Mariátegui se impregna de toda esa larga tradición humanista francesa al punto que el humanismo con todo lo que implica en el campo de las relaciones políticas (democracia directa y participativa), económicas (socialización de los medios de producción), sociales (justicia y solidaridad), humanas y sexuales (igualdad, libertad y desarrollo del individuo) viene a constituir lo que yo llamaría el "mito central" de su pensamiento. Un mito en torno al cual se aglutinan los demás valores que constituyen la utopía mariateguiana, su visión del individuo y del mundo.

Persuadido que "cada ser humano lleva en sí la forma entera de la humana condición" Michel de Montaigne busca en el método introspectivo la manera de conocerse y de conocer al otro, confrontando sus experiencias propias con las ajenas. Así mismo Mariátegui observa y se observa, analiza y autoanaliza, busca preservar su libertad interior y se proyecta en el otro, deduce e interpreta, y con el apoyo de la intuición tan cara a Bergson, va construyendo una "utopía realizable" que se revela en un movimiento dialéctico permanente entre la razón y la fe colocando al ser humano, en su doble dimensión de individuo privado y de miembro de la comunidad social, y las relaciones sociales e intersubjetivas en el centro del debate.

Por las nociones esenciales de intercambio, de confrontación, de diálogo: *el comercio de los hombres* según propias palabras, por su concepción de la educación basada en la formación y desarrollo del "entendimiento" a través de un diálogo permanente con el mundo y la vida, por la noción esencial de relatividad, Michel de Montaigne es probablemente el verdadero fundador del pensamiento moderno en el que se fundamentará el pensamiento filosófico posterior.

Herederero indirecto de sus reflexiones y de sus *Essais*, de su denuncia de la violencia y de la colonización, de su visión de lo profano, de lo religioso y de lo espiritual, Mariátegui asevera que no cree en las "verdades reveladas" ni en los dogmas intangibles. Y lo ilustra claramente cuando en la nota preliminar de sus *Siete ensayos* advierte al lector "Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado".

Esta actitud reflexiva, dinámica y acumulativa no es sin recordar al filósofo francés quien estaba ampliando permanentemente sus escritos afirmando: "Agrego, pero no corrijo". Mariátegui no concibe sus ensayos como una "obra hecha", sino "haciéndose", una obra que aparece permanentemente en "aprendizaje" y en "trabajo", como decía Montaigne.

Lo dicho anteriormente nos explica, entre otras cosas, que Mariátegui cuestione y niegue la relación determinista instrumentalizada por el marxismo del cual se declara adepto "convicto y confeso" al mismo tiempo que, en la línea humanista y democrática de Jaurès, pone en tela de juicio algunos de sus principios doctrinarios fundamentales como la revolución por etapas por ejemplo. Mariátegui se interroga sobre la relación entre la infra y la superestructura, entre lo económico y lo político, los valores

sin duda, parisiense, pero sí francesa. Máximo Gorki acierta profundamente cuando refiriéndose a *Colas Breugnon*, lo llama "ese poema en prosa tan puramente celta". En *Colas Breugnon*, escuchamos un eco de la sana risa de Rabelais. Y en otros trozos de la obra de Romain Rolland, encontramos también la huella profunda de un abuelo intelectual genuinamente francés. El admirable poema de la amistad de Jean Christophe y Oliver, que llena tantas bellas páginas de *Jean Christophe*, ¿no tiene su origen lejano en el más encumbrado pensamiento francés, en Montaigne?". *Mariátegui total*, p.633.

materiales y los valores espirituales; reflexiona sobre los modos de producción hasta determinar aunque no lo llame así un "modo de producción colonial"; y formula una propuesta dinámica que afirma la soberanía del individuo en el marco de la colectividad a la cual pertenece⁶. Si bien no lo escribe expresamente, se deduce de su concepción del materialismo histórico y de sus comentarios sobre la realidad mundial que Mariátegui no se adhiere a la conquista del poder por la violencia ni a la dictadura de proletariado, y mientras critica el funcionamiento de la democracia parlamentaria burguesa, entendida como equivalente del "Estado demo-liberal.burgués", busca formas de desarrollar una democracia directa y participativa⁷. Pues para Mariátegui, según escribe en su texto "La crisis de la democracia": "Las formas políticas, sociales y culturales son siempre provisorias, son siempre interinas. En su entraña contienen, invariablemente el germen de una forma futura. Anquilosada, petrificada, la forma democrática, como las que la han precedido en la historia, no pueden contener ya la nueva realidad humana".⁸ Estas palabras son también una manera implícita de tomar distancia con otro de los conceptos centrales de la filosofía política marxista, a saber: el concepto de "lucha final", y con el concepto de "mundo perfecto" que vendría precisamente, según esa teoría, como consecuencia de la "lucha final".

El pensamiento de Mariátegui no se articula alrededor de un sistema político filosófico cuya instrumentalización termina negando al individuo, sino en torno del individuo que encuentra en el seno de la colectividad las condiciones de realizarse plenamente.

Si cupiera la menor duda sobre el particular se podría acudir a los reparos que en *Defensa del marxismo* Mariátegui le hace a Henri de Man, afirmando entre otras cosas: "Tal como la metafísica cristiana no ha impedido a Occidente grandes realizaciones materiales, el materialismo marxista compendia, como ya he afirmado en otra ocasión, todas las posibilidades de ascensión moral, espiritual y filosófica de nuestra época"⁹, antes de agregar: "La primera posición falsa en esta meditación es de suponer que una concepción materialista del universo no sea apta para producir grandes valores espirituales".

De aquí que en el retrato que nos ofrece del escritor norteamericano Waldo Franck en *El alma matinal*, Mariátegui destaque entre otras cosas en "este exaltador del poder del espíritu" su capacidad de "afirmar bien los pies en la materia" para ilustrar su creencia en la posibilidad de "acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario"¹⁰. Vale decir que "el materialismo histórico" de Mariátegui no tiene nada que ver con su instrumentalización por "el marxismo-leninismo" y busca formular, aunque el ensayista no lo diga así, otro tipo de racionalidad y otro tipo de intersubjetividad, que tengan en cuenta el "yo profundo", o sea las motivaciones conscientes o inconscientes y los anhelos subjetivos de los seres humanos.

II- La Apuesta Cartesiana y Pascaliana. Sorel y Juana De Arco

⁶ Trato detenidamente estos distintos aspectos de la obra de Mariátegui en mi libro *Mariátegui, la utopía realizable*. Editorial Minerva, Lima 1995, 236 p. Véase también mi artículo "Mariátegui en el siglo XXI: globalización, totalidad y utopía. Acerca de teoría y praxis". In: *Simposio 7 ensayos: 80 años*. Editorial Minerva, Lima 2009. p. 39-46.

⁷ Remito al respecto al último capítulo "La conquista del poder político" y a la conclusión "Jaurés y Sorel reconciliados" de mi libro *Mariátegui, la utopía realizable*.

⁸ *Mariátegui total*, p.505-

⁹ *Mariátegui total*, p.1318.

¹⁰ *Mariátegui total*, p.608.

Si Francia es la patria de Descartes y de la Razón, es también la patria de Pascal y de la Duda. Mariátegui recoge esta doble herencia filosófica, probablemente mucho más fuerte que la de Hegel y Marx, Nietzsche y Freud, en su apuesta cartesiana y pascaliana a la vez de reunir mito y razón, revolución y religión, ideal y realidad, hombre y cosmos, espíritu y materia, con la plena seguridad de que de la fusión de los contrarios surgirá la libertad absoluta y la plenitud del hombre.

Cuando en "El hombre y el mito" Mariátegui escribe: "los filósofos nos aportan una verdad análoga a la de los poetas. La filosofía contemporánea ha barrido con el mediocre edificio positivista. Ha esclarecido y demarcado los modestos confines de la razón. Y ha formulado las actuales teorías del Mito y de la Acción. Inútil es, según estas teorías, buscar una verdad absoluta. La verdad de hoy no será la verdad de mañana. Una verdad es válida sólo para una época. Contentémonos con una verdad relativa"¹¹, ¿cómo no reconocer en este razonamiento la famosa frase de Pascal *Vérité en deça des Pyrénées, erreur au delà* (Verdad de este lado de los Pirineos, error del otro lado)? Esa misma frase que alimentará la postura filosófica de Camus.

"El hombre occidental, insiste Mariátegui en el mismo texto, ha colocado, durante algún tiempo en el retablo de los dioses muertos, a la Razón y a la Ciencia. Pero ni la Razón ni la Ciencia pueden satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre. La propia Razón se ha encargado de demostrar a los hombres que ella no les basta. Que únicamente el Mito posee la preciosa virtud de llenar su yo profundo"¹². El mito, vale decir la utopía que reúne a través de la acción creadora ideal y realidad, lo sagrado y lo profano. Pues para Mariátegui "El hombre contemporáneo siente la perentoria necesidad de un mito. El escepticismo es infecundo y el hombre no se conforma con la infecundidad"¹³.

En esta reflexión, inspirada en el "yo profundo" de Bergson y las consideraciones de Freud sobre la complejidad del ser humano, tenemos la clave oculta de la original explicación de la relación de reciprocidad de influencias entre los fenómenos económicos y las prácticas culturales que defiende el ensayista, en el mismo momento en que las tesis del cientificismo positivista y del marxismo ortodoxo sostenían que lo cultural era pura y simplemente determinado por lo económico. Sobre la insistencia en las prácticas políticas y religiosas, sobre el poder de las "fuerzas del espíritu" tan bellamente evocadas por Montaigne al hablar de su singular amistad con Etienne de La Boétie, sobre la necesidad de crear utopías que den sentido a la existencia y sobre la voluntad de luchar en el presente por su realización.

En este particular, Mariátegui encontrará en el mito de Sorel, calificado por él en *El alma matinal* como "uno de los más altos representantes del pensamiento francés del siglo XX"¹⁴ y en *Historia de la crisis mundial* como "el más grande y más ilustre teórico del sindicalismo"¹⁵, toda una mística de la acción creadora. Aquella misma que percibe y celebra, como vimos anteriormente, en Juana de Arco: "Porque esta extraña doncella, iluminada y sibilina, es una de las mujeres más extraordinarias del mundo. Para buscar una mujer de atributos tan altos y puros hay que salir de la historia. Hay que ir a buscarla en las páginas de la Biblia. O en las páginas de la fábula".¹⁶

¹¹ *Mariátegui total*, p.498

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Mariátegui total*, p.499.

¹⁵ *Mariátegui total*, p. 848

¹⁶ *Mariátegui total*, p. 806.

Como se observará, más allá de la propia realidad histórica del personaje, de la fiabilidad de sus orígenes y de su sexo, inclusive de su salud mental evocada por algunos de sus estudiosos, de su actuación y de sus móviles, así como de su trágico final, aquello que lo seduce a Mariátegui es la imagen de la heroína tal como ha venido imponiéndose en el imaginario popular y colectivo de los franceses en tanto que *vidente, santa, caudillo, capitán y mártir*.

Juana de Arco constituye para él un caso singular en la mística religiosa de Occidente y ve en ella la ejemplificación de su propia concepción de la acción creadora que se podría resumir en la fórmula de Piero Gobetti "nuestra filosofía santifica los valores de la práctica" que Mariátegui hace suya en *Defensa del marxismo*. En la figura mitificada y sagrada de Juana de Arco se reúnen, en última instancia, la visión dinámica del mundo de los antiguos quechuas y la cosmovisión estática de los cristianos. En ella se funden acción y contemplación, como un camino abierto hacia una nueva concepción de la praxis política y social.

III- De Mariátegui a Camus: Combato, Luego Existo

En *El alma matinal* escribe Mariátegui: "En unas divagaciones de Luis Bello encuentro esta frase: 'Conviene corregir a Descartes: combato, luego existo'. La corrección resulta en verdad oportuna. La fórmula filosófica de una edad racionalista tenía que ser: 'Pienso, luego existo'. Pero a esta edad romántica, revolucionaria y quijotesca no le sirve ya la misma fórmula. La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción, esto es combate. El hombre contemporáneo tiene necesidad de fe. Y la única fe que puede ocupar su yo profundo, es una fe combativa"¹⁷. En este acercamiento entre fe y combate, acción y contemplación, vale decir entre ética y praxis social se encuentra probablemente la llave de bóveda de todo el pensamiento mariateguiano concebido como una totalidad única e indivisible en movimiento y en permanente proceso de cambio.

Esta filosofía del "combato, luego existe", a la que se refiere Mariátegui a propósito de Luis Bello, será retomada desde una perspectiva ontológica por Albert Camus en su *Hombre rebelde* para luchar contra el Absurdo de la existencia, transformando el "Pienso, luego existo" de Descartes en "Me rebelo, luego existo". La rebeldía, dirá Camus en su ensayo, "es el propio movimiento de la vida y no se la puede negar sin renunciar a vivir".

El parentesco entre el pensamiento del ensayista político peruano y del filósofo existencialista francés no me parece totalmente fortuito. Se debe ciertamente a que ambos se han sumergido en las mismas fuentes formativas, en la misma tradición del pensamiento filosófico de occidente.

Aunque en términos distintos y desde perspectivas diferentes, Mariátegui en su concepción de la acción creadora y Camus en su visión de la condición humana llegan a la misma conclusión: la única manera de salvar a los seres humanos en un mundo signado por el absurdo para Camus, y en un mundo que ha perdido el sentido de lo sagrado para Mariátegui es el vínculo solidario y fraterno que son capaces de establecer en un combate común.

Pues, pese a todo lo que limita la vida y la libertad del ser humano, Camus como Mariátegui se niegan a desesperar de la existencia. Sólo así es explicable la bella y

¹⁷ *Mariategui total*, p.497.

esperanzada frase con la cual Camus concluye su reinterpretación del Mito de Sísifo: "Tenemos que imaginar a Sísifo feliz". En su utópica tarea de fomentar el "mito revolucionario", Mariátegui encuentra las mismas razones de vivir que Sísifo en su inacabable esfuerzo por llevar incansablemente la roca hacia la cumbre de la montaña, castigo al cual lo había condenado Zeus, el dios mayor del Olimpo, por haberse rebelado el legendario héroe contra Thanatos encadenándolo e impidiéndole de esta manera que cumpliera con su oficio de dar la muerte.

En este sentido bien se puede afirmar que, más allá de su carácter político-teórico y de su filiación soreliana el "mito revolucionario" de Mariátegui en su utópica expresión del hombre-dios tan celebrado por su compatriota César Vallejo, del libre albedrío, de la libertad y de la felicidad humana, es probablemente una de las más hermosas, más sutiles y originales recreaciones del mito y de la leyenda griegas en tanto que alegoría filosófica de la abolición de la muerte y búsqueda de inmortalidad a la cual el hombre no ha dejado de aspirar desde ese *illo tempore* de la creación del mundo.

La empresa era exaltante y titanésca a la vez. Mariátegui la enfrentó como un reto convocando a los olvidados argonautas del pueblo, obreros y campesinos, indios, blancos y gentes de color a pesar de las polémicas que han podido surgir al respecto¹⁸, intelectuales y artistas, para que emprendieran la nueva Odisea de los tiempos modernos. Sabemos que la ruta es dificultosa e insegura, pero en este caótico camino con que ha empezado este siglo XXI, la nave de Mariátegui sigue navegando con destino a Itaca.

IV-Trascendencia de Mariátegui

Si hay algo que justifica que en esta segunda década del siglo XXI, momento de grandes confusiones ideológicas tras el derrumbe de los sistemas político ideológicos que dominaron el siglo pasado y de recomposición de los patrones de poder a escala mundial, se siga convocando a leer la obra de Mariátegui, no es porque se trata de un documento histórico sobre la historia étnica, económica y social, política y cultural del Perú, de América Latina, de Europa y del mundo, sino porque participa de un proyecto filosófico y político dinámico de desarrollo humano que el redescubrimiento de Camus precisamente nos hace aún más presente.

En este mundo globalizado donde lamentablemente lo político, es decir los Estados, ha dejado de cumplir su rol, donde los individuos se ven totalmente enajenados por la tiranía de lo económico y el gobierno de la finanza mundial, y, como consecuencia de ello, en diversas partes del mundo, caen en la trampa de los fanatismos ideológicos o religiosos más atroces, visitar la obra de Mariátegui, puede ser en lo político y en la praxis social, como la de Camus en lo filosófico y en la ética humana, una saludable invitación a la reflexión y al debate, en una perspectiva, claro está, de la nueva "colonialidad del poder", como la llama Aníbal Quijano¹⁹.

Pues, partiendo de las circunstancias históricas, y armado del aparato teórico de su época y del marxismo como "método" de investigación y de análisis, Mariátegui supo

¹⁸ Véase el capítulo: "Mariátegui y el malentendido racista" . In: Roland Forgues. *Libro de los manantiales. Diario de viaje de los Pirineos a los Andes*. Editorial San Marcos, Lima 2006.

¹⁹ Se consultarán con provecho en este particular el diagnóstico de la situación mundial y "las proposiciones de investigación y de debate" que hace el sociólogo peruano en su artículo "Colonialidad del poder, Globalización y Democracia"- Revista SAN MARCOS, Nº 25, Julio 206, p.51-104.

desmenuzarlas y utilizarlas para pensar una utopía que las reconociera, las negara en el sentido dialéctico del término, y las superara para promover el desenvolvimiento, la libertad y el bienestar de todos.

Teniendo en cuenta los aportes de sus antecesores, tanto de las ramas europeas del socialismo utópico y del marxismo, como de las formas del colectivismo agrario de las civilizaciones precolombinas que, no lo olvidemos debía servir de cimiento a la nueva nacionalidad peruana en formación; teniendo en cuenta las orientaciones de las grandes corrientes del pensamiento de la época, Mariátegui va diseñando en sus escritos un sistema de valores propio del cual el hombre es el centro. "Todo lo humano es nuestro" afirmaba orgullosamente Mariátegui.

Así en apoyatura a su demostración Mariátegui podrá convocar tanto a Prudhom y Fourier, Marx y Sorel, Lenin y Trotsky, Jaurès y Frank, como a Freud²⁰, Nietzsche, Descartes y Pascal, y obligarlos a convivir. Podrá recurrir tanto a las corrientes de pensamiento materialista y racionalista como idealistas, espiritualistas y religiosas, al pensamiento científico como al mágico, a la práctica profana como sagrada, llegando a asimilar en la línea de Sorel "el mito revolucionario" a la "fe religiosa". Hará de Juana de Arco el más alto emblema de la entrega revolucionaria. Y, a través de la revista *Amauta* en especial, entablará un fecundo diálogo con sus contemporáneos: tanto los intelectuales europeos: Romain Rolland, Renan, Gobetti, Croce, Unamuno, Ortega y Gasset, Bernard Shaw, entre otros muchos, como con sus conciudadanos hispanoamericanos: Luis Alberto Sánchez y Luis Valcárcel, José Vasconcelos, José Ingenieros, sin hablar de sus duras polémicas con los representantes de la Tercera Internacional, y de su crítica del revisionismo de Henri de Man.

En una palabra la obra de Mariátegui es todo un mundo que no termina de entregarnos sus significados porque es una obra abierta, en permanente proceso de cuestionamiento y formación. Los escritos de Mariátegui no revelan su verdadero sentido sino en el marco de la obra total. Como en la teoría matemática de los conjuntos, los textos se iluminan los unos a los otros, constituyen una totalidad indivisible que representa mucho más que la suma de los elementos que la componen, o sea una teoría filosófica y política original y coherente que reúne realidad y utopía. Una teoría que, en la línea humanista de Michel de Montaigne, de Jean Jaurès y de Romain Rolland, entre otros, va sorteando las trampas de la todopoderosa Razón así como de la desafortunada Imaginación, y procura reconciliar al hombre consigo mismo, con el otro y con el cosmos.

Los escritos de la época que él mismo llegó a calificar su "edad de piedra" -o sea la producción anterior a su experiencia europea de los años veinte y a su formación marxista que determinará el sentido de su lucha y de su existencia- constituyen ciertamente un camino necesario de transitar para entender a cabalidad la obsesión del ensayista por no separar lo espiritual de lo material y por tratar de captar al ser humano en su compleja totalidad individual y colectiva. Ellos nos dicen, por ejemplo, con el lenguaje de la espontaneidad creadora, el de los sentimientos y de las emociones, aquello que expondrán más tarde con el lenguaje de la reflexión filosófica,

²⁰ En *Defensa del marxismo*, escribe Mariátegui : "Freudismo y marxismo, aunque los discípulos de Freud y de Marx no sean todavía los más propensos a entenderlo y admitirlo, se emparentan, en sus distintos dominios, no sólo por lo que en sus teorías había de 'humillación'. como dice Freud, para las concepciones idealistas de la humanidad, sino por su método frente a los problemas que abordan" . *Mariátegui total*, p.1311.

el de la Ciencia y de la Razón templadas por la Duda y la Imaginación, los escritos de madurez.

Conclusión

A modo de conclusión, diré simplemente que la trascendencia y la universalidad del pensamiento de Mariátegui residen ciertamente en el hecho de que en su permanente manejo de la dialéctica como método de investigación y herramienta de trabajo, el ensayista supo tramontar las corrientes ideológicas, políticas, sociales y culturales de su época y de los tiempos anteriores para construir un sistema de ideas propio y original cualitativamente superior a aquellos que antecedieron. Un sistema profundamente respetuoso de la persona humana y que, de algún modo, va colocando implícitamente la noción de democracia, y de libre albedrío, en el centro del debate.

Por ello cualquier instrumentalización del pensamiento de Mariátegui como aquellas que hemos conocido con Sendero Luminoso por ejemplo, o conocemos aún en algunos rezagos arcaicos y sectarios de la vieja izquierda peruana hoy día moribunda y de la cual los sobrevivientes no parecen darse por enterados de que ha caído más de veinte años atrás el muro de Berlín y han desaparecido la Unión Soviética y el bloque de sus países satélites, no pueden sino desembocar en un absoluto fracaso.

Por la propuesta humanista y libertaria que contiene, por la propuesta organizativa de la masa de los explotados y de los discriminados tanto social como genéricamente, la obra de Mariátegui constituye probablemente hoy en día uno de los mejores antídotos contra la tentación de los viejos demonios de los fanatismos religiosos o ideológicos, de los nacionalismos y sectarismos políticos, de las guerras fratricidas y de las purificaciones étnicas, de las discriminaciones sexuales, que han vuelto a surgir en varios rincones del mundo, como desesperadas respuestas a la concentración y control del poder por el "Bloque Imperial Mundial", como lo llama Aníbal Quijano.²¹

Pues, de lo que se trata, como bien dice el sociólogo peruano tras insistir en que "La integración democrática del mundo es uno de los más ilustres y persistentes sueños de la especie", es de "liberar el proceso de integración mundial de las tendencias del capitalismo y del Bloque Imperial Mundial", agregando a continuación : "Eso implica, necesariamente, la redistribución mundial del poder, esto es del control del trabajo, de sus recursos y de sus productos; del control del sexo, de sus recursos y de sus productos; del control de la autoridad colectiva, de sus recursos y de sus productos; del control de la subjetividad y, ante todo, del modo de producción del conocimiento". Y el ensayista concluye naturalmente: "Tal redistribución significa el regreso del control de cada uno de los ámbitos vitales de la existencia social a la vida cotidiana de los hombres y mujeres de esta tierra"²². Vale decir el regreso a un control que fue la principal preocupación de Mariátegui en su tiempo.

²¹ "Las predatorias tendencias del capitalismo actual y la reconcentración del control mundial del poder con el Bloque Imperial Mundial, abren sitio a los fundamentalismos, a todos los prejuicios y mitos sobre los que se funda la sacralización de las jerarquías sociales; presionan en dirección del uso exclusivamente tecnocrático del conocimiento, de la ciencia, de la tecnología, con el propósito explícito y excluyente de fortalecer la explotación, la dominación, incluyendo ahora la intervención tecnológica en la biología humana para perpetuar la discriminación racista/etnicista, en servicio de los privilegios impuestos, a través del colonialismo y del imperialismo, contra la inmensa mayoría de la especie". *Op. Cit.*, p.89.

²² *Op. Cit.*, p.94.

Por ello, si en pocas palabras tuviera que proponer un lema significativo que definiera a cabalidad la propuesta de Mariátegui, no vacilaría en escoger, como un homenaje póstumo del escritor a la patria de las Luces y de los Derechos Humanos que siempre llevó en el corazón, las palabras talladas en el frontispicio de l'Abbaye de Thélème: *Fay ce que voudras*, (has lo que quieras), abadía concebida en el siglo XVI como lugar supremo del desenvolvimiento del hombre y de la libertad por su padre fundador, nuestro monje letrado y humanista François Rabelais, cuya "sana risa" es evocada por Mariátegui en su comentario de *Jean Christophe* de Romain Rolland, junto con el pensamiento de Michel de Montaigne.

Nuestro monje letrado y humanista, digo, François Rabelais, quien, con su espíritu díscolo y truculento nos ha legado un sentimiento *gourmand* del vivir y del hacer, y con quien el autor de los *Siete ensayos* comparte sin duda alguna a varios siglos de distancia lo esencial de los valores filosóficos y morales.

Aquellos mismos que encontrarán su máxima expresión en la reunión de la duda pascaliana y de la razón cartesiana que constituye el núcleo central del pensamiento filosófico de Mariátegui y se verá bellamente ilustrada más tarde en la filosofía de Albert Camus para quien luchar contra sus propias sombras "es también obrar para todos los hombres", según escribiera en *El hombre rebelde*.

Couyou, abril de 20012